

Universidades tienen ante todo el deber de inculcar en esas clases directoras los mejores principios de ética, ¿cómo ejercer tan delicado cuanto importante objeto? ¿Bastarían, al efecto, como en los antiguos tiempos, las predicaciones religiosas? Seguramente no; la ética social requiere hoy, además del sentimiento cristiano, otras bases concomitantes. ¿Cuáles pueden ser esas bases, sino el estudio de esa ética suprema, que ya en tiempos anteriores á Cristo se produjo en Grecia, se transmitió á Roma y luego á las Galias, á Hispania, Germania, Britania, América, á toda la civilización occidental? El Cristianismo es sólo un sentimiento; la ética debe ser, en tiempos y países poco sentimentales, un sentimiento y una *convicción*. Esa convicción surge á raudales en su forma prístina de los labios de Platón y de Aristóteles. No existe un filósofo moderno, ni aun Kant, el coloso, con toda su simpatía hacia Rousseau, que no reconozca ese ilustre y antiguo abolengo á nuestras ideas acerca del bien y del mal. Tanto, que puede sostenerse que nadie conocerá á fondo la ética, esa ciencia suprema de los hombres y los pueblos, es decir, que nadie podrá empaparse en la verdadera filosofía y sociología (salvo casos extraños de intuición infusa), sin beber en los clásicos manantiales de Grecia. El Cristianismo, ese sentimiento de la humanidad, ha desfigurado algo la ética griega, como, por ejemplo, al sancio-

nar que el trabajo más humilde, si está bien encaminado, es honroso; pero la esencia misma de aquella filosofía no ha sido trocada sino muy parcialmente. Pues bien, el positivismo y el puritanismo inglés han necesitado bañarse en aquellas aguas de sabiduría para adquirir nuevas fuerzas. Es incontestable la necesidad del estudio histórico-filosófico de las sanciones del criterio griego; allí se ve, no velado por prejuicios ni falsedades, claro en su cumbre, por no agitarlo huracanes de pasiones, sin más pasión que su propio raciocinio ático, surgir gota á gota el hilo de agua. Allí se ve el cálculo puramente intelectual de lo bueno, lo verdadero y lo bello, como si los semidioses que hablasen fueran tan poco humanos como noumenos. Nada de la evidencia israelita, de la fiebre romana, del fanatismo hispano-arábigo, de los ligeros entusiasmos galos, de las profundidades germanas; todo es nítido, todo griego.

Allí está la clave del enigma: y las Universidades inglesas no cumplirían su alta misión, si no cultivaran el estudio de la ética griega. Oxford es la que da el ejemplo. Suprimid el griego en las *publics schools*, y nadie será apto para cursar en Oxford; suprimid á Oxford, y quitaréis á Inglaterra un algo capital de su cerebro.

En cuanto al latín, sirve de complemento al griego, tiene su utilidad de gimnasia filológica y

es imprescindible para el estudio original de los viejos estatutos de la historia de Inglaterra, que, como es sabido, redactábanse en el idioma de Roma. Podría suprimirse, á pesar de su alta importancia, el latín en Oxford, sin destruir la universidad, pero *no* el griego. Y, á su semejanza, aunque en menor grado, se podrían citar Cambridge y otras Universidades británicas. En ciencias, Oxford es inferior á casi todas ellas; su superioridad consiste en ciencias sociales, y, entre las ciencias sociales, en la suprema, la ética. En efecto, Oxford ha dado al gobierno de Inglaterra casi la totalidad de sus veinte últimos presidentes del Consejo de ministros, y gran número de pensadores, tanto que puede decirse que su marcha social tiene por fin, á la cabeza de sus similares, iluminar el criterio del pueblo.

Ese móvil supremo, de alta salud pública moral, no ha sido en un principio el objeto del estudio de los clásicos griegos y latinos en las Universidades inglesas. En la Edad Media, como hemos visto, el espíritu de esa enseñanza fué levantar, refinar, moderar la ruda inteligencia sajona, generalizando, asimilando, difundiendo las luces del clasicismo. Más tarde, cuando surgieron los grandes clásicos nacionales, éstos fueron menospreciados en relación á griegos y latinos: por pedantesco prurito de conservación en

parte, y, en parte, por puritanismo religioso, literario y científico.

Quedó dominando el griego, ante todo el griego, y luego el latín. Llegó un momento en que, en razón de los adelantos de las ciencias y la literatura moderna, esto era una evidente anomalía. Empero, en virtud también de esos adelantos de la literatura y las ciencias, esa anomalía llegó á ser de alta utilidad: desaparecido el antiguo fanatismo religioso, sin brújulas seguras la moral del pueblo, el utilitarismo inglés, innato y latente, podría tomar, tendía á tomar formas tan rudas que sería fuerza de retroceso.

El instinto de conservación nacional, si no en el pueblo, en las clases directoras, habló alto; era necesario no cejar en la lucha y cultivar el criterio de la ética. Ese cultivo, puede decirse, tiene algo de forzado, de artificial. Es verdad, pero tal fenómeno es muy viejo en la historia: no es la primera vez que una clase directora, á manera de la casta sacerdotal de Egipto, que poseía una cosmología científica para sí y otra absurdamente fanática para el pueblo, trata de dirigir por raciocinios y conveniencias el *sentimiento* ético de su nación. Siempre hay algo de sinceridad en la insinceridad de esa premixtificación: la pasión del bien público, pasión grande, pasión heroica. Así llegamos á la conclusión siguiente: la anomalía de los anticuados planes de estudios en las

Universidades inglesas, llegó un día, en los modernos tiempos, á ser útil para los altos fines sociales de esas instituciones. Y he ahí que los anglo-sajones, — espíritus prácticos que nunca suprimieron ó enmendaron una anomalía por el solo hecho de serlo, pues hay anomalías en ese país en que todas sus instituciones son más ó menos caprichosas en apariencia, más útiles que cualesquiera sistemas regulares, — dejaron intacta su vieja enseñanza superior. Y para que ésta quedase intacta, era necesario conservar en el mismo estado la enseñanza preparatoria, en detrimento del moderno espíritu; así han mantenido, en efecto, salvo modificaciones ligeras, los estudios de sus *public schools*. Su concepto nacional de la instrucción pública, — que antes debe *educar* que instruir, — corrobora, además, tal estado de cosas, que en otro país hubiera sido punto menos que inexplicable.

Varias veces se ha planteado en las Universidades de Inglaterra, especialmente en Oxford, la cuestión siguiente: «¿Puede aprenderse la ética griega *sin* el previo conocimiento del idioma?» Si así fuera, el problema del griego se simplificaría, quedando su estudio excluido de los humanistas, propiamente dichos, y relegado á los filólogos. La opinión contraria es la prevaleciente; la mayoría de los profesores creen que *es imposible* co-

nocer á fondo á Platón y Aristóteles sin el requisito de ciertos conocimientos helenistas. Lo exótico del idioma y la precisión de sus formas filosóficas se consideran parte indispensable á *grabar* en la memoria de los estudiantes aquellos principios primeros de la ética social, que no son siempre traducibles, sino imperfectamente, por medio de paráfrasis, á las lenguas modernas. La ética griega, estudiada en simples sentencias inglesas, perdería, según ellos, toda su trascendencia sintética, que tan alto habla á la imaginación, resultando una ciencia pueril, tan difícil de comprender en toda su incomparable profundidad, como fácil de olvidar en sus conclusiones categóricas. «Sería un estudio incompleto, superficial y secundario, cuando debe ser la base de todo criterio filosófico nacional.» De este modo, con razón ó sin ella, se defiende su enseñanza, de manera tan convencida que parece imposible un cambio ó una evolución en los programas, so pena de hacer perder su espíritu á esas viejas instituciones educatorias.

§ 47. ESPÍRITU DEL ESTUDIO DE LAS LETRAS CLÁSICAS EN FRANCIA

Ningún pueblo puede presentar hoy como Francia una literatura vasta, en que todas sus mediocridades hablen un lenguaje elegante y co-

rrecto. El arte de buen decir ha alcanzado allí, en los dos últimos siglos, admirables perfecciones. Muchísimos autores que, por su falta de originalidad, deben reputarse menos que medianos, escriben allí una prosa fluída, dan á cada palabra su propia expresión, y evitan rípios y cacofonías. Y tan es así, que podría clasificarse de ático, en conjunto, á todo el estilo medio de la literatura francesa actual, excluyendo, naturalmente, las producciones de *hors la litterature*. Si en las altas especulaciones científicas y sociológicas no alcanzan quizá hoy ni la elevación ni la grandeza de los actuales «desarrollos» alemanes (*Entwickelungen*), ni en política y economía la seriedad del método positivo de los ingleses, en cambio, nadie los sobrepasa en el difícil arte del estilo.

Este arte no es mera intuición. Se ha cultivado con preferencia, y su mejor cultivo se basa en el estudio de las letras clásicas. El primer resultado del con tanta razón combatido bifurcamiento de los planes de estudio de la instrucción pública secundaria francesa, paréceme ser, en la práctica, más que la producción de verdaderos hombres de ciencia, la de innumerables estilistas...

«Hemos imaginado la célebre distinción de *ciencias y letras*, decía Didon, que ha venido á ser entre nosotros la división fundamental del dominio de la instrucción pública, como si una

literatura sin ciencia y una ciencia sin literatura pudieran concebirse: á partir de esta división ha surgido en nuestro país una caterva de individuos cuya pretensión es saber escribir. ¿Escribir qué? No se inquietan por ello. Como los antiguos sofistas se hacían maestros en el arte de agenciarse argumentos, ellos se erigen en artistas en el arte de alinear las palabras. Los primeros discutían por discutir, los segundos escriben por escribir. El estilo es sonoro y brillante; el pensamiento, vacío y flojo; la vestimenta es soberbia; el cuerpo un maniquí deforme. No se ven más que en Francia esos estilistas absurdos, que escriben y hablan tanto más cuanto menos tienen que decir.» Indudablemente en Francia superabundan escritores tan redundantes de retórica como menguados de doctrina; eximios obreros de la forma que no sólo carecen de ideas originales, sino que tergiversan las ajenas y mixtifican la crítica... Pero, ¿es ello resultado fatal y exclusivo de la *enseñanza clásica*?

Otro autor francés, Lemaître (1), en un discurs-

(1) *Conférence de M. Jules Lemaître à la Sorbonne* pronunciada el 5 de Junio de 1898. Es curiosamente cómico que dicho mismo crítico M. Lemaître haya publicado con anterioridad, el 14 de Mayo de 1894, en el *Journal des Débats*, un artículo en el que sostiene con su característica vehemencia, la suprema utilidad de los estudios clásicos, y en especial del latín. Arguye que es al latín á lo que debe su estilo, su sintaxis, su conocimiento

so célebre contra la enseñanza clásica, resume así los argumentos que se hacen á favor de ésta, que él desapruueba y llama antigua «enseñanza» (*ancien enseignement*): «Somos los descendientes espirituales de griegos y latinos. Aprender sus lenguas es aprender el origen de la nuestra, y por consecuencia, conocerla mejor. Es comulgar con un glorioso pasado, es vincularnos con la más ilustre de las tradiciones, es amplificar nuestra vida. Esos estudios son para nosotros la mejor disciplina. Esos antiguos libros son tesoros de ideas generales y de pensamientos generosos. No sin razón se han llamado antes «humanidades». *Nosotros aprendemos allí el amor á lo bello, el gusto, el sentimiento del orden y la medida.* Esas lenguas y esas literaturas son excelentes educadoras, etc.» Y luego contesta, que ni el griego ni el latín jamás le inspiraron una línea; que excelentes autores, nunca estudiaron letras clásicas;

de la lengua patria; que es el latín lo que ha formado los buenos escritores, salvo pocas excepciones; que á la reforma de la enseñanza del latín en la instrucción pública, han sucedido deformaciones lamentables del francés de ciertas revistas y autores jóvenes. Y concluye así: «En resumen; si sé francés ó poco menos, es porque sé latín; si sé latín, es porque he hecho versos latinos y disertaciones latinas; y si nunca he podido aprender seriamente el inglés y el alemán—ni muchas otras cosas—no es porque el latín me arrebatara todo mi tiempo, sino porque yo era perezoso. Tal es mi caso; no se puede en estas materias garantizar más que lo propio.»

que el tiempo que se pierde en éstas, es irreparable, por lo breve de la vida, y que se pudiera emplear en el conocimiento, por ejemplo, del alemán y el inglés, cuyas bellezas profundísimas entrevé y no puede aprovechar, por su ignorancia, de esos idiomas; que el verdadero mérito de Lucrecio es haber escrito algunas páginas ligeramente darwinianas; que Platón y Terencio son casi siempre inferiores á las composiciones que les imitó Molière; que el estudio del Evangelio y los autores franceses clásicos, es mucho más útil que el de griegos y latinos, etc., etc. Todas las observaciones pueden reducirse á ésta: no es indispensable, para formar el estilo, el estudio de las letras clásicas; el tiempo que en éste se gasta, puede emplearse con mayor utilidad en el estudio de lenguas modernas y de ciencias.

Ni se atacaría, ni se defendería así el estudio de las letras clásicas en Alemania. Preconízalas allí, como hemos visto, la casi totalidad de pedagogos, reputándolas necesarias, no tanto para formar estilistas al modo ático de los franceses, sino hombres de ciencia, filósofos, sociólogos, filólogos, historiadores, arqueólogos, eruditos de todo género; en fin, profesores miembros de esa clase intelectual que ha levantado la civilización del país á una altura que antes no conociera. Y en el vulgo, elevan tales estudios la cultura media. — Tampoco en Inglaterra se criticaría en esa

forma francesa el estudio de los clásicos, que, como se verá, tiene otro espíritu. — Pues cada país, ó mejor dicho, cada grupo de países psicológicamente similares, tiene su manera peculiar de cultivar en la instrucción pública el viejo clasicismo.

§ 48. ESPÍRITU DEL ESTUDIO DE LAS LETRAS CLÁSICAS EN ITALIA, ESPAÑA Y PORTUGAL

Sólo para el conocimiento etimológico de la propia lengua, y sin ningún otro objeto tan principal, puede decirse que se estudia actualmente el latín en las escuelas y Universidades laicas de Italia, España, Portugal y América latina. Las especulaciones puramente científicas de la alta filología alemana y sus aplicaciones histórico-arqueológicas; los útiles estudios que, para formar el carácter y el ciudadano, verifican los ingleses sobre ética griega; las aplicaciones de los conocimientos de lenguas clásicas á la literatura moderna de los áticos espíritus de Francia, no están en el alma de la instrucción clásica de esos otros pueblos itálicos é hispánicos. Aunque haya quien lo ha sostenido, parece indiscutible que su enseñanza *no* tiene allí, ni puede improvisar con el esfuerzo aislado de uno ú otro pensador, el doble espíritu de investigación científica y de gimnasia para el mejor conocimiento de lenguas extranjeras que en Ale-

mania posee. La lingüística no ha producido en todo el transcurso de este siglo en las Universidades de esos países, trabajos de resonancia universal. El griego mismo, cuyo cultivo tanto brillo dió en otra época á las Universidades de Bolonia y Salamanca, se descuida cada día más; porque su estudio no dice con ese espíritu de *simple etimología* con que allí se estudian hoy los clásicos latinos, espíritu perfectamente explicable en sus fines por la índole de dichos idiomas, y en su estrechez, por la indiferencia de tales naciones...

Tan evidente es la importancia del estudio consciente del patrio idioma, y tan sabido el valor etimológico del latín para los pueblos de habla italiana ó castellana, que la necesidad del cultivo de esa lengua muerta en esos pueblos, es simplemente axiomática. Tanto, que la absoluta supresión de su enseñanza en la instrucción secundaria, reputaríase acto de barbarie. — Puede decirse que en los países de habla italiana, castellana ó portuguesa, el estudio del latín es el del patrio idioma.

Quedan, pues, descriptos y aplicados, menos el último, todos los incisos planteados en el § 42, respecto á los diversos espíritus con que se cultiva el clasicismo en los países modernos... Al primero y al segundo, que consideran al estudio de las lenguas muertas como base de altas especu-

laciones y como poderosa ayuda para aprender lenguas vivas extranjeras, corresponden Alemania, Austria, Suiza. Al tercero, que se refiere al estudio del griego como elemento indispensable para el estudio de la ética, Inglaterra y Norte América. Al cuarto, al del aticismo literario, Francia. Y al quinto, al de simple etimología de la patria lengua, Italia, España, Portugal, Hispano-América. — Respecto al sexto, para terminar, es, evidentemente, relativo á la religión católica.

En los seminarios de teología católica el estudio del latín, tiene por primer objeto, la conservación y práctica del culto religioso. Por dos razones: la primera, porque los libros fundamentales de comentarios de esa teología se han escrito en ese idioma; y la otra, porque el ritual se ha perpetuado en el mismo, como eterno vínculo de la unidad de la Iglesia romana. De ahí el ser imprescindible.

§ 49. ABOLICIÓN DEL CLASICISMO EN LA INSTRUCCIÓN SECUNDARIA EN NORUEGA

El paso más decisivo para la supresión total del griego y del latín en la instrucción pública, ha sido recientemente dado en Noruega, y, lo que es más curioso, sin grandes protestas, á pesar del ejemplo respetado de Alemania. El Parlamento noruego, por ley de 27 de Julio de 1896, ha su-

primido los estudios greco-latinos obligatorios en *todos* los establecimientos públicos de enseñanza secundaria. Es éste un caso insólito, y no despreciable, pues se trata del pueblo que está produciendo hombres como Ibsen, Grieg, Thaulow y Nansen, que llenan el mundo con su fama.

Pero no debemos olvidar que las circunstancias de Escandinavia, y especialmente de Noruega, son singularísimas; que la civilización local, es, de todas las occidentales, la que menos atinencias tiene con el clasicismo; que no hay allí tradiciones clásicas del Renacimiento que sostener; que el latín no tiene para sus idiomas gran valor etimológico; y, finalmente, que es muy ínfima la minoría que allí profesa el catolicismo.

§ 50. CONCLUSIONES RESPECTO DEL GRIEGO

De la exposición comparada de los varios espíritus que animan la enseñanza de las letras clásicas en los diversos países del actual mundo civilizado, pueden sacarse ciertas conclusiones universales.

Respecto al griego, resultan las siguientes:

Que su enseñanza es trascendental para los estudios sociales de alto vuelo;

Que su estudio es demasiado difícil para hacerlo obligatorio en toda la instrucción pública secundaria;

Que, sin embargo, en virtud de su elevada significación sociológica y filológica, no debe ser excluído en absoluto de las cátedras oficiales, aunque éstas sean escasamente concurridas;

Que convendría exigir cierta preparación helenista en las facultades de filosofía y letras;

Que dicha preparación sólo se puede adquirir con la consiguiente solidez cuando ese estudio se comienza en la primera juventud, á causa de sus dificultades.

El ejemplo de aquel Catón que aprendió griego á los setenta años y que no tuvo imitadores cuando aquella lengua era hablada, es imposible de seguir hoy que se trata de un idioma muerto, por lo cual es conveniente que inicien su estudio en la instrucción secundaria, los pocos temperamentos que lo necesiten para dar todo su vuelo á sus fuerzas ingénitas. Para habilitar esa preparación en la instrucción secundaria, debe calcularse en los planes de estudio de modo que no perjudique á la totalidad, quitando tiempo para otras materias á los alumnos que, por su carácter, no serán jamás factores de progreso dedicados á las ciencias sociales. Debe evitarse también, por razones antedichas, el criticado bifurcamiento de ciencias y letras; así como el contraproducente exceso de programas demasiado recargados; así como la utopía de implantar estudios voluntarios en una categoría de instrucción á que no convie-

nen, por tratarse de educandos demasiado jóvenes para imponerse un trabajo sin algunas facilidades ó alicientes inmediatos...

Hallo la solución si se colocara el griego como *materia de elección alternativa* en los programas preparatorios, opuesta al alemán por ejemplo; de manera que cada educando se vería forzado á seguir uno ú otro curso para dar término á sus años preparatorios é ingresar en la Universidad. Tal temperamento es el único, á mi juicio, que concilia las ventajas y desventajas del estudio del griego como materia de los programas preparatorios, presentando facilidades y alicientes para su adquisición temprana, sólo á aquellos espíritus excepcionales á quienes les puede ser de provecho por el papel social que les impone su idiosincrasia, que á menudo se manifiesta en la niñez por cierta preferencia hacia el culto prematuro de las letras.

Esta solución vendría á resultar en la práctica algo semejante á la diferenciación fundamental de la instrucción secundaria alemana entre *Gymnasien* y *Realgymnasien* (intermedios de los *Gymnasien* y los *Realschulen*); alienta el estudio del griego para futuros humanistas, ó favorece, en cambio, el estudio de un idioma moderno (ó de una ciencia) para los demás estudiantes. Quienes opten por el griego, podrían considerarse miembros de la primera categoría de institutos.

§ 51. CONCLUSIONES RESPECTO AL ESTUDIO
DEL LATÍN

De todo lo que antecede, resulta comprobada la necesidad del estudio del latín en la instrucción secundaria ó preparatoria de países latinos:

Para el cultivo de la lengua patria, que tan capital se reputa;

Para la adquisición de lenguas vivas extranjeras;

Para el mejor conocimiento de la historia, el derecho y otras ciencias sociales;

Para formar el estilo y el gusto literario;

Para la producción de nuevos términos técnicos;

Para la comprensión del culto católico;

Como gimnasia de lógica práctica ó dialéctica.

Tan elemental considero la necesidad del cultivo del latín en estudios preparatorios, que su demostración casi está demás. El ejemplo es unánime: el latín es obligatorio en los programas de instrucción secundaria de casi todo el orbe civilizado. Y en países de habla de base latina, donde ese estudio resulta relativamente sencillo y es de tan grande importancia para el cultivo de la lengua nacional, que es el de la patria misma, no podría argumentarse que el tiempo que reclama es mayor que el provecho que proporciona.

De todos modos, impónese el eximir de ese estudio obligatorio del latín en la enseñanza del pueblo á los institutos de industria y comercio, pues que sólo lo requiere la instrucción general preparatoria para las facultades de profesiones liberales, quiero decir, preparatoria de aquellos gremios profesionales que deben conceptuarse como primeras fuerzas directrices del alma social. Así, conviene tal estudio únicamente á aquellos educandos que estén llamados á formar, según el más constante de los fenómenos sociológicos, la clase directora, no tanto por su fortuna ó nacimiento, cuanto por el papel que su idiosincrasia les designa en la parte escogida de su sociedad-teatro. Si en las democracias suélese extender más de lo debido esa instrucción secundaria, que requieren únicamente temperamentos excepcionales, y se la propaga en las masas populares, en detrimento de ciertos intereses positivos, ello es, más que un defecto de sistema ó de doctrina, consecuencia fatal de la vanidad particular, la más humana de las debilidades humanas.